

7862

ALOCUCION PATRIOTICA

PRONUNCIADA

EN LA CIUDAD DE MONTEREY

EL DIA 16 DE SETIEMBRE

DE 1862.

POR EL CIUDADANO

LEON GUZMAN.

MONTEREY

IMPRESA DEL GOBIERNO,
a cargo de Viviano Flores.



6

9
65
NL

NL 972

862
8
122

993a

Αποσκευιόν πατριώτικα, πορ Λεόν Γουζμάν



1020107971



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FONDO NUEVO LEÓN

86-5
G.



Núm. Clas _____
 Núm. Autor _____
 Núm. Adq. _____
 Procedencia _____
 Precio _____ *Capilla Alfonsina* _____
 Fecha _____ *Biblioteca Universitaria* _____
 Clasific. _____
 Catálogo _____

F 1226
G 8.
1862

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

SEÑORES.

Congregados en este lugar, para celebrar el aniversario de nuestra gloriosa Independencia, y honrar la memoria venerable de sus Ilustres Caudillos; vengo á cumplir el honroso encargo de excitar en ese sentido vuestras emociones patrióticas.

Os confieso con toda la lealtad de que soy capaz que la misión de Orador popular nunca me ha parecido tan árdua y delicada. Nunca he temblado, como hoy, al considerar que ábro mis labios, para servir de órgano á los sentimientos de un Pueblo.

Y en verdad, Señores, la grave situación de la República hace que esta tribuna sea hoy tan encumbrada y de tan difícil acceso, que un hombre pequeño, como yo, se siente desde luego incapaz de ocuparla.

Persuadido, pues, de que no llenaré mi misión, reconozco como mi primer deber el de reclamar vuestra indulgencia; como mi primera necesidad la de que seáis demasiado generosos para dispensármela. Esta esperanza es la única que ha podido alentarme.

No esperéis que yo os haga la historia detallada de nuestra guerra de Independencia. Oradores muy ilustrados os la han referido cien veces, con todos sus brillantes rasgos, con todos sus episodios heroicos, con toda su magní-

- 52794

1170A

42567

rica y elocuente verdad. Además, esa historia es para vosotros, como el recuerdo que cada hombre tiene de sí mismo; como la memoria de las primeras impresiones de la infancia, que, siempre fresca y palpitante, nos acompaña hasta el borde del sepulcro.

Tampoco esperéis que me afane por excitar en vosotros ese placer ineffable, esa alegría tierna y efusiva, que, al contemplar las glorias de su patria, experimentan los hijos de una Nación feliz. Pienso que tal placer y tal alegría serian hoy insensatos; por que no pasarían de una falaz alucinación, á grandes voces desmentida por la triste realidad.

No, Señores; en estos días de prueba y de adversidad, nada de gozo facticio, nada de regocijo mentado. Ellos nos deshonrarian ante el mundo; porque vendrian á probarle, que, demasiado ligeros para juzgar nuestra situación, eramos también demasiado impotentes para afrontarla.

Ved, pues, el tema que seguiré en este discurso— Presentaré á vuestra contemplación algunos hechos notables de nuestra historia: Consideraré esos hechos en sus relaciones con el grandioso acontecimiento, iniciado en 1810, y consumado en 1821. Echaré una rápida ojeada sobre los graves sucesos de que hoy es teatro nuestra Pátria, y que, con sobrado motivo, tienen fija la atención del mundo civilizado.

Para los que conocen la historia de este continente es una verdad demostrada que los antiguos Mexicanos formaban un pueblo inteligente é industrioso. Y si la historia no lo dijera, ahí están sus monumentos que admirá el viajero; sus antigüedades que con empeño solicitan los sabios; sus artefactos cuya finura y perfección nadie ha podido imitar; su calendario, sus geroglíficos y pinturas, que revelan muy bien los notables adelantos que, tanto en las ciencias como en las artes, alcanzó aquel Pueblo ignorado.

Esa raza activa, que, comenzando por un modesto establecimiento en el lago, que hoy es Ciudad de México, acabó por estenderse sobre el inmenso territorio que separa ámbos mares, fundando un vasto y poderoso Imperio; esa raza, digo, fué vencida por un puñado de aventureros, que

nes conocían mejor que ella el arte funesto de la guerra, poseían medios muy superiores de destrucción, y encontraron en la traición un auxiliar poderoso y eficaz.

A la conquista siguió la dominación. Y trescientos años de dura servidumbre obraron en ese Pueblo infortunado la mas dolorosa transformación.

No me detendré á representaros, en toda su desgarradora verdad, la suerte que, durante esas tres centurias, cupo á los desgraciados hijos de Anahuac. Baste decir que, el tema invariable de la política de España, su aspiración constante, fué embrutecer cada día mas y mas á esa raza infeliz.

Esta política bárbara y cruel fué eficazmente secundada por el Clero y por los Españoles, que vinieron á establecerse en estas hermosas regiones. El Clero, con muy honrosas escepciones, mintiendo religion y caridad, no enseñaba á los Mexicanos mas que supersticiones groseras, mediante las cuales logró arrebatárles, no solo los instintos de libertad, sino hasta la conciencia que todo hombre tiene de su propia dignidad. Los peninsulares, que, desde el momento de pisar el suelo virgen de América improvisaban fortunas colosales, ejercían sobre los indígenas un imperio tal, que en vano nos esforzariamos por distinguirlo del dominio que se tiene sobre las cosas.

Las razas comenzaron á mezclarse. Pero los criollos, resultado de este cruzamiento, no eran tratados mejor. Y llegó el tiempo en que, los recelos y desconfianzas de los dominadores empeoraron notablemente su condicion.

El aumento progresivo de esta nueva raza dió origen á una distinción, que parece estrayagante, pero no es, sino la expresión fiel de las ideas entonces dominantes. A los que procedian de la raza indígena pura se les llamó *Naturales*; y á los hijos de Español y de India *de razon*. ¡Como si los primeros careciesen de este noble don, que la Naturaleza otorga á todos los hombres!—Pero esa era la verdad. Se trataba á los Indios como seres destituidos de inteligencia. Hacíase de ellos el mismo uso que de las bestias: eran bestias de carga, bestias de trabajo, bestias de especulación, bestias también de placer.

Eos de *razon* aparecian como admitidos á la vida civil; pero no tenian de ella mas, que las cargas y los gravámenes. Pagaban derechos parroquiales y judiciales mucho mas crecidos que los de los indios: se les obligaba á ejercer los cargos municipales de mas baja esfera: se les forzaba para servir en el ejército. Esta vida civil tenia para ellos tan poco atractivo, que frecuentemente se esforzaban por aparecer como naturales.

Tal era el pueblo que vió nacer la aurora gloriosa del 16 de Setiembre de 1810. Y ya veis con cuanta razon un Orador ha podido decirnos antes que yo, en esta misma tribuna, que "los Mexicanos se lanzaron á la lucha, obedeciendo mas bien á una necesidad imperiosa de independencia, que á un sentimiento filosófico de libertad."

Esta apreciacion, estrictamente acorde con la historia, nos pone en aptitud de estimar en su verdadera importancia la obra emprendida por el ilustre cura de Dolores.

Señores: cuando un hombre encabeza el movimiento de un pueblo ilustrado, que trabaja por reivindicar su libertad política, merece sin duda el nombre de héroe, y las simpatias de los corazones honrados. Pero la empresa es mas noble, mas santa, es verdaderamente sublime, cuando tiene por objeto restablecer, á la dignidad humana, á una inmensa multitud de seres desgraciados, que, sobre el mismo suelo de que son señores, arrastran las cadenas de la mas ominosa esclavitud.

Y en este caso se hallan el inmortal Hidalgo y sus esforzados colaboradores.

Ahora, si consideramos la obra en sus resultados y en sus consecuencias, yo no tengo embarazo para confesar, que me faltan palabras para encarecer su alto mérito. Porque esos resultados y esas consecuencias han sido de tal magnitud y de tanta importancia que exceden, y con mucho, á todo lo que la humana prevision ha podido alcanzar.

Mirad comprobada con hechos innegables esta asercion, que á primera vista parece exagerada.

Al grito de Independencia lanzado por Hidalgo, millares de hombres, la mayor parte indígenas, vienen presurosos

á inscribirse bajo su bandera. ¡Qué mueve, qué anima á esos hombres! El instinto tan natural en los desgraciados, la tendencia irresistible de los que sufren, para salir de su penosa situacion. Improvisase, no un ejército, sino una masa informe, una reunion tumultuaria, que, si no es apta para pelear, está resuelta firmemente á morir.—La esclavitud tiene el triste privilegio de engendrar esa especie de desesperacion.

Pero muy pronto el instinto militar comienza á desarrollarse. Genios guerreros aparecen por todas partes: las masas empiezan á recibir organizacion; y la guerra va tomando poco á poco un caracter sério é imponente.

Las inteligencias empiezan tambien á descollar. Talentos elevados se consagran al servicio de nuestra causa: la direccion de los negocios es mas inteligente, sus resultados mas fecundos; y entre tanto las masas se van instruyendo insensiblemente.—Por bien de la humanidad la ilustracion es contagiosa: el contacto con los que la poseen basta para que se inocule.

La lucha duró once años. La suerte en los combates fué varia, ora favorable, ora tambien terrible: sacrificaronse millares de victimas: corrieron rios de sangre, casi toda mexicana. Pero al fin, el pueblo se hizo independiente.

El triunfo de nuestros padres sobre sus opresores es altamente glorioso. Pero hay otro triunfo mas grande, mas sorprendente, y es, el que nuestra raza ha alcanzado sobre su propia abyeccion. Los once años de guerra han bastado para que esa raza espermentase una completa regeneracion. ¡Fenómeno admirable y digno de ser bien estudiado! El pueblo que en 1810 "se lanzó á la lucha, obedeciendo tan solo á una necesidad imperiosa de independencia," celebra en 1821 su advenimiento á la vida social y política, rebotando en "un santo y filosófico sentimiento de la libertad."

Sí, Señores: el pueblo que el dia 27 de Setiembre de 1821 saludó su triunfante y glorioso pabellon tricolor, era digno de la independencia que supo conquistar y de la libertad, cuyas puertas logró abrirse con sus propias manos y por sus solos esfuerzos.

Pero no era esto todo lo que necesitaba para entrar bajo

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

J. J. NEVES

MEXICO

42567

buenos auspicios á su nueva vida de Nacion independiente. Faltábale, esa experiencia profunda, esa prevision perspicaz, ese tino esquisito, que solo al envejecerse han podido adquirir las naciones que hoy marchan á la vanguardia de la civilizacion.

Era inevitable que México cometiese errores, y los cometió.

Uno de los primeros fueron sus tratados de paz, amistad y comercio con las grandes potencias de Europa. Celebrólos, es cierto, bajo el pie de estricta reciprocidad; pero no vió que todo lo tenía que dar, y nada que recibir. Acordáronse al comercio ámplias libertades y franquicias; pero México olvidó que aquellas naciones eran comerciantes é industriales, mientras ella solo podia aspirar al triste rango de consumidora. Estipuláronse esenciones en favor de los ciudadanos de una nacion residentes en territorio de la otra; pero á México no le ocurrió que sus nacionales solo visitarían la Europa en calidad de viajeros, mientras que la República se llenaría de extranjeros, que vendrían á ejercer el comercio, y todas las industrias y todas las profesiones. Así fué como, lejos de presentar á los extranjeros un aliante para que adoptasen nuestra nacionalidad, se les creó un interes poderoso para esquivarla.

El mal subió de punto, cuando los representantes extranjeros comenzaron á llevar sus exigencias hasta un grado hiperbólico; y el gobierno mexicano se descuidó de contenerlos en los límites de lo justo. Hoy, la situacion del extranjero en México es tan superior á la del ciudadano mexicano, que los primeros se creerian perjudicados si se les igualase con los segundos.

Comparemos esto con lo que pasa en otras naciones; y sin ir muy lejos, en los Estados-Unidos del Norte, esa nacion, notable por sus instituciones libres, y notable tambien por su crecida poblacion, cuyos nueve décimos no son americanos por nacimiento.

En los Estados-Unidos lo primero que procura un extranjero es su carta de naturalizacion. ¿Por qué ese empeño? Hay varias razones secundarias, como son: la paz inalterable de que habia gozado la Union, la respetabilidad

que alcanzó, el aprecio que allí se hace de los hombres notables en cualquier ramo. Pero la razon principal, la decisiva es la siguiente.—En los Estados-Unidos los extranjeros lo son realmente: reciben hospitalidad y buen trato, se les considera, se les obsequia; pero nada mas. Los gozes, los derechos no vienen, sino con la calidad de ciudadano americano.

Llevemos un poco mas adelante la comparacion. Los Estados-Unidos, mirando con desden á las nacionalidades, se apropian á los individuos. México, haciendo esfuerzos inauditos por complacer á las nacionalidades, es esclava hasta de los individuos. Esto es porque los tratados de los Estados-Unidos fueron celebrados por diplomáticos experimentados; y México, que no tenía un Franklin, ha sido fácil presa de la codicia europea. Gozaos en vuestra obra hombres del viejo mundo; y hacedla todavía mas gloriosa, calumniando y oprimiendo al país que os da tanto, como no hay un solo ejemplar en la historia. Pero yo os digo que para la humanidad nunca es tarde; y el plazo de la justicia se cumple algún dia.

Otro error capítal de México consistió en haberse echado en brazos del clero, del ejército y de los *grandes señores*.

Esas tres clases fueron las que levantaron el efímero Imperio: ellas las que ingertaron en la constitucion de 24 los contrapincipios que la hicieron impracticable; ellas las que, en todo momento, y por todos los caminos posibles, se han afanado por desprestigiar nuestras instituciones; por impedir que el órden se consolide, por tener á la nacion en un perpétuo vaiven, ya que no les era dado hacerla retroceder á la época funesta de los Virreyes.

Repasad la historia de nuestra vida nacional, y vereis que, todas las desgracias, todos los desaciertos que en ella se registran, proceden del funesto antagonismo entre el sentimiento popular, que tiende á desarrollarse, y la tenaz resistencia de esas clases que hacen esfuerzos desesperados por comprimirlo; entre el principio democrático, que, dueño ya de la opinion, exige, y con justicia, que todo se le adapte y subordine, y el espíritu de dominacion que, impotente para hacer prosélitos, agítase rabioso, y concen-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

tra todas sus fuerzas, toda su languidecente vitalidad, no ya para triunfar, sino para crear á su contrario toda clase de obstáculos, todo género de dificultades.

Hace algunos años el partido inieno que así piensa y obra, comenzó á asomar tendencias traidoras. Al fin las ha descubierto sin embozo y sin pudor... y el Soberano de la Nación mas ilustrada y mas generosa del mundo no ha vacilado para manchar las armas y el nombre glorioso de la Francia, asociándolos á una empresa eriminal y bastarda.

Señores: cuando la actual invasion venia disfrazada con el nombre de reparacion de agravios y pago de créditos; cuando se mintió alianza con Inglaterra y España; cuando se empenó la fé de la Francia, protestando la observancia del principio de „no intervencion,” fé y principio que de antemano se habia resuelto violar: entonces, digo, pudo haber quien dudase de las intenciones de Luis Napoleon; pero hoy... hoy... seria necesario estar ciego para no ver que las armas francesas han venido á levantar del fango en que yacia, al partido, cuya sola vitalidad en México, son las hordas inmorales, que dan la mano de camaradas y amigos á los vencedores de Sebastopol, de Magenta y Solferino. Se necesitaria carecer de inteligencia para no comprender que el tirano de Francia intenta por de pronto instalar en México un *manequi*, para despues, bajo su sombra, falsear la opinion nacional en sentido de una monarquía, que no seria mas, que la dilatacion en América del poder napoleónico.

Pero como intenciones tan torcidas no se pueden manifestar sin deshonra, ahora se miente proteccion á un pueblo oprimido. Se viene á darle orden y estabilidad... se viene tambien á dar proteccion á los ciudadanos franceses, y á cobrar créditos que, en verdad no son franceses, pero los compraron á vil precio unos honrados especuladores.

No me es posible en este discurso entablar una polémica con M. Billault, ministro sin cartera de Luis Napoleon; y sin embargo, no puedo abstenerme de entrar en algunas esplicaciones.

En vuestro informe á la Camara francesa decis, M.

Billault, que vuestro ejército ha venido á México á dexar ver su libertad de sufragio al pueblo oprimido. ¿Quien ha dado á vuestro amo y señor ese peregrino derecho, ante el que desaparecerian las nacionalidades? ¿Y quien os ha dicho que los Estados--Unidos mexicanos necesitan esa proteccion? Si álguien os lo ha dicho, miente y vos al creerlo sois un insensato; si nadie os lo ha dicho sois el inventor de la calumnia. Porque debeis saber que el sufragio universal es un principio practicado en México; y de seguro no ignorais que los Poderes legislativo, ejecutivo y judicial, que hoy ejercen la suprema autoridad, son una emanacion, espontanea como la que mas, de ese sufragio libremente espresado.

Os daré una noticia, que parece necesitar vuestro Soberano, y es, que quien carece de ese precioso derecho es el Pueblo frances.

Creis haber probado que el Gobierno de México es opresor, llamando bárbara y sanguinaria una ley en que ha fijado los delitos de traicion y establecido sus penas. Si recordarais un poco la historia de Francia, no os ostentariais tan escandalizado. Compararais la ley de que me ocupo con los decretos de la Convencion: se os vendria naturalmente el recuerdo de las ejecuciones en masa que tanto horrorizaron al mundo; el de las célebres comisiones, que inundaron de sangre el suelo de Francia; y reconociendo que ésta se hallaba entonces en circunstancias idénticas á las que hoy rodean á México, tendriais necesidad de confesar que, en materia de crueldad, en vuestra patria se ha llegado infinitamente mas lejos que en la mia. Y ahora decidme: ¿Era justa la invasion de la Francia por el ejército de los aliados? El pueblo frances ha contestado antes que vos: y yo os digo que los principios de justicia son invariables en toda la estension de la tierra.

Por lo demas, entrad si os place, en el examen filosófico de la ley mexicana; pero no la deis por reprobada con sola una ampulosa declamacion.

Citais como un ejemplo de barbarie el fusilamiento de Robles Pezuela. Recordad, M. Billault, que Luis XVI murió guillotinado. ¿Y cuales eran sus delitos? El

pal fué que se le creyó de acuerdo con los aliados que invadían la Francia; y se le hizo el cargo de que, en su fuga, pensaba ir á incorporarseles. ¿Y por qué encontráis cruel en Robles Pezuela, traidor vulgar como Almonte, lo que la noble Francia ha sancionado en uno de sus legítimos soberanos! Yo no culpo á vuestro buen criterio; pero repruebo altamente la injusticia con que injuriáis á México, tratado solo en que es una Nación débil.

Decís que Almonte, viniendo bajo la salvaguardia del glorioso pabellon francés, y trayendo una mision de paz y concordia, no podia, sin desdoro de la Francia, ser entregado en manos de sus enemigos. ¿Por qué desfigurais los hechos, M. Billault! ¿Por qué vestís de carnaval á la santa verdad! Decid lealmente, que vuestro soberano habia concertado con Almonte el proyecto de monarquizar á México: decid que Almonte vino á levantar su voz traidora para llamar en derredor suyo y de vuestro ejército á todos los descontentos, á todas las gentes perdidas, á todas las gavillas de vandoleros; decid que ese Almonte era el alma de la conspiracion, y entonces os creará el mundo; porque el mundo todo sabe ya á que atenerse en esta cuestion vergonzosa; el mundo todo palpa la lealtad, la rectitud, con que Luis Napoleon venia á proteger el voto libre de los Mexicanos, para que nombrasen emperador al* que el mismo Luis Napoleon habia designado de antemano.

Pero os dá vergüenza designar á las cosas con sus nombres; y llamais mision de paz y concordia á la mas vil y negra traicion; llamais proteccion del glorioso pabellon francés al complot de un monarca con un hombre desnaturalizado; llamais enemigo personal de Almonte al Poder Soberano de una Nación, que ejerce uno de sus mas nobles atributos: la justicia.

En vuestro frenético empeno de amontonar combustible sobre la nacionalidad mexicana, apelais á otros recursos, que no son mas leales, ni mas justificados que los anteriores.

Decís que en México los franceses son maltratados, vejados, asesinados. Vamos por partes.

Os pongo á los franceses residentes en México por testigos de que el gran partido liberal, que hoy se halla en el po-

der, fraterniza con ellos, les dispensa toda clase de consideraciones y los trata lo mismo ó mejor que á sus propios compatriotas.

Os presento el mismo testimonio para probar que no hay carga ni gravamen alguno, que recaiga solo sobre los extranjeros, quienes únicamente reportan los impuestos establecidos conforme á los respectivos tratados.

En cuanto á asesinatos, es cierto que dos ó tres franceses han sido víctimas inocentes. Pero ¿sabeis quien los ha asesinado? Las hordas inmorales que vos habeis asociado á los esforzados soldados de Francia. ¿Y sabeis por qué los han asesinado? Porque fraternizan con los demócratas: porque celebraron con entusiasmo el triunfo de la causa constitucional. ¿Y vosotros celebráis alianza con los asesinos, y amontonais injurias sobre los que han probado con hechos que os respetan y estiman!

Decís que el Gobierno mexicano se apropia los capitales extranjeros. Este cargo solo puede referirse al robo hecho en la casa de la Legacion inglesa, á la detencion de una conducta en Laguna Seca, y á la ocupacion momentánea de cuarenta y tantos mil pesos de los fondos de la convencion Pénand.

Pues bien: el robo de la Legacion inglesa fué hecho por los que ahora son vuestros aliados. El Gobierno constitucional lo reprobó altamente, y celebró con Mr. Mathew, encargado de negocios de Inglaterra, un arreglo, al que no ha faltado ni en un ápice.

La conducta de Laguna Seca fué ocupada por el General en jefe del ejército constitucional. El gobierno reprobó ese acto, devolvió la mayor parte del dinero; y en cuanto al restante celebró convenios con los interesados, les hizo exhibiciones cuantiosas, y si no están ya satisfechos del todo, culpád á vuestro ejército que ha venido á turbar la paz de la República.

El fondo depositado de la convencion Pénand fué ocupado por mí como Ministro de relaciones; pero Dubois de Saligny, al informar sobre este negocio, no debió omitir, como maliciosamente lo ha hecho, varias circunstancias importantes. El dinero fué ocupado en los momentos de una

necesidad estrecha: el conocimiento de la ocupacion al ministro Saligny, en presencia del Presidente de la República y de todo el cuerpo diplomático: Saligny me ofreció que no haría mérito de este incidente, si el dinero era devuelto en el cortísimo plazo que yo había fijado; y la reposición se efectuó.

Veis, M. Billault, cuanta distancia hay entre la verdad, sencillamente referida por mí, y esa misma verdad, intencionalmente desfigurada por vos!

Decís que el gobierno mexicano tiene la costumbre de creer mucho y no cumplir nada. Para probaros que mentís, os aseguro que nunca podreis citar un solo hecho, que justifique esa calumnia.

Decís que el mismo gobierno viola las convenciones, rompe los tratados y faltaría a la fé prometida. Si comprendierais el interés que tiene todo hombre, y con especialidad el hombre público, en no merecer la nota de charlatan, os dejariais de palabras hinchadas, y citariais hechos. ¿Pero cuales podéis aducir? Uno solo; y vais á ver que él no comprueba vuestros injustos reproches. Ese hecho es la ley expedida por el congreso, suspendiendo por dos años el pago de la deuda nacional. Si esto os parece una violacion de los tratados, os equivocáis redondamente. Por que no es mas que el ejercicio de un derecho, reconocido por todas las legislaciones del mundo. Es el derecho que tiene todo deudor, ya sea una Nación ya el mas triste negociante, para exigir esperas de sus acredores, cuando el atrazo inculpable de sus negocios no le deja otro camino. ¡Y necesitaré probaros que casi todas las Naciones han apelado á este recurso, inclusa la Francia en tiempo de sus famosos asignados! ¿Por qué, pues, esa tenaz insistencia en desfigurar la verdad?

Creéis haber dado un golpe maestro asegurando que el Gobierno mexicano violó una convencion celebrada entre M. de Saligny y el Ministro Zarco. Lo único que habeis probado es que no teneis cotó para mentir. Escuchadlo que hay de cierto en ese negocio. Los Sres. Zarco y de Saligny acordaron la tal convencion; pero uno de sus artículos espresaba que sería sometida dentro de un cierto plazo á la aprobación del Congreso. El Sr. Zarco salió

del Ministerio antes del vencimiento del plazo: su sucesor sometió la convencion á la deliberacion del Congreso y éste ha tenido el buen juicio de no aprobarla. ¿Y á esto llamáis violar las convenciones? ¿Y no se enrojece vuestro rostro al decir tales cosas?

Señores, Os he molestado con una larga digresion; y sin embargo no he podido hacer mas, que indicaciones generales. Queda aún mucho que decir; pero abusaria demasiado de vuestra paciencia. Vuelvo, pues, á tomar el hilo de mi discurso.

La calamidad que hoy pesa sobre nuestra Pátria es, á no dudarlo, grande y terrible: ella reclama toda nuestra atencion, todos nuestros esfuerzos. Y sin embargo yo estoy muy lejos de pensar que la situacion es desesperada. Creo, por el contrario, que hay circunstancias importantes, incidentes providenciales, que el Gobierno nacional puede convertir muy bien en sólidos apoyos de nuestra nacionalidad. Voy á indicaros los fundamentos de mi opinion.

En la época que hemos alcanzado las cuestiones internacionales se resuelven, no por los altos principios de justicia, sino con arreglo á los intereses de cada nacionalidad. Las Naciones, hoy día, se cuidan poco del derecho: creen haber hecho demasiado con invocarlo, pero en realidad no buscan sino lo que encuentran provechoso.

No os escandalicéis, Señores, de que yo diga, lo que todos vemos practicar.

Y bien: si el interés propio es el criterio universal, examinemos á su enfática luz lo que hoy llaman todos la cuestion mexicana.

Las únicas potencias de Europa que pueden atentar contra nuestra nacionalidad son la España, la Inglaterra y la Francia.

Al hablar de España tal vez cometo una imprudencia; pero os aseguro que voy á decir la verdad, tal cual la concibe. Creo que España nunca consintió de buen grado en perder su rica colonia: recuerdo que hizo tentativas inútiles para recobrarla; y no vacilo para asegurar que, de algunos años atras, el proyecto de monarquizar á México tiene su verdadero asiento en el gabinete de Madrid.

Pero la buena fé de Luis Napoleon ha tenido á desorientar completamente á la España.

Recordad que las fuerzas españolas fueron las primeras en invadir nuestro territorio. Recordad tambien el aire de conquista con que se presentaron.

Despues vino el General Prim á cambiar del todo la política española. Y ved cómo jugó yo esa estraña peripécia.

El Conde de Bens es un cumplido caballero: yo reconozco que tambien es un hábil político. Al encargarse del mando del ejército español, ya Luis Napoleon habia avanzado demasiado en sus proyectos relativos al archiduque Maximiliano. Los comisarios franceses y Almonte, *mejor reformado que ellos*, lo decian sin embozo. ¿Qué podia hacer España? ¿Plantar frente á la candidatura de un austriaco, la candidatura de un Borbon? Esto era tanto como ponerse frente á frente de Luis Napoleon: y era tambien divertir al mundo con el mas grotesco espectáculo. ¿Seguiria España adelante, reservando para mas tarde su proyecto favorito? Pero entonces su mision era muy dividida—quedaba reducida á asegurar la presa al mismo que se la venia á arrebatár. Y como el poder francés es muy superior al poder español, S. M. C. [usando una expresion vulgar] habia hecho un pan como unas hostias.

He aquí, en mi opinion, por qué el gabinete de Madrid aprobó la conducta del caballeroso General. He aquí por qué pienso que la España está imposibilitada de presente y futuro para realizar su dorado ensueño de coronar en México á un príncipe Español.

Respecto de Inglaterra tengo muy distinta opinion. Su interes mas urgente está en contener los rápidos progresos de la raza anglo-americana, su competidora temible en la industria, la marina y el comercio. Tiene otro interes de primer órden, y es: el de contar en América con ricos mercados, en los que los efectos ingleses conserven la supremacía de que hoy gozan. Tiene aun otro: el de las primeras materias para su colosal industria. Hasta hoy las ha recibido casi todas de los Estados Unidos del Norte; pero sería para ella un día de placer, aquel en que pu-

diera ministrarlas otra raza cualquiera. La Inglaterra conoce muy bien á México, para saber que, el día en que florezca su agricultura bastará para proveer al mundo.

Ahora bien: una dominacion estraña en México solo podia ser ejercida por la misma Inglaterra, por la Francia, ó por la España. El gabinete inglés sabe muy bien que cualquiera de estas dos últimas comenzaria por considerar como suyos el mercado y los productos de la agricultura mexicana: tratarian de aprovecharlos para su propio comercio y su propia industria; resultando que los efectos ingleses perdieran la libre circulacion que hoy tienen y que la industria inglesa continuase siendo dócil tributaria de los Estados Unidos. Y esto, sin contar el inmenso perjuicio que resentiria la marina inglesa.

Ademas, (y esta es una razon para que la Inglaterra no intente ser ella misma la dominadora) los Estados Unidos rechazarán, tarde ó temprano, con las armas toda intervencion europea en este continente. La Inglaterra sabe muy bien que para vencer sobre el suelo de América á esta nacion no bastaria ni toda la Europa, reuniendo sus recursos; y comprende que tal empresa, lejos de contener á su rival, le daria un impulso y un ascenso extraordinarios.

Hay otra razon concluyente para que la Inglaterra no piense jamas en dominar á México. Para efectuarlo necesitaria traer y establecer aquí á un crecido número de ingleses: y ya sabe por esperiencia propia lo que debe esperar de sus hijos, toda vez que hayan creado intereses locales de este lado del Atlántico. La Inglaterra no se equivoca dos veces en el mismo sentido.

Nos queda la Francia.

No estrañeis, Senores, lo que voy á decir. Son mis íntimas convicciones; y las encuentro fundadas en datos incuestionables.

El pueblo francés se creeria deshonrado, si fuese autor del infame atentado, que Luis Napoleon no ha tenido vergüenza de emprender. El pueblo francés ha hecho sacrificios inmensos por la libertad del mundo. El pueblo francés está (perdonad la expresion) abrumado por las glorias que ha sabido alcanzar; por la gratitud de todas las generaciones;

por el respeto que á todos infunden su nobleza y lealtad. El pueblo frances no borraría con un momento de criminal codicia, todo un siglo de nobleza, de heroicidad, de filantrópico desprendimiento.

El pueblo frances no está bien informado de lo que realmente pasa en México. ¡Tiemble Luis Napoleon! El momento en que ese pueblo generoso conozca la verdad, será el último de la odiosa tiranía, que tanto se ha dilatado en sacudir.

PERITUR VERITAS
 Pero veamos la cuestión á la luz del principio que hemos adoptado por tema. ¿Qué interes puede tener la Francia en arrebatár á México su nacionalidad? Haced á un lado las colosales empresas de Napoleon el grande, y vereis bien claro que jamas ha tenido ni aún la tentacion de hacerse conquistadora. El pueblo frances aspira á llenar el mundo; pero por el génio, por la inteligencia, por las ciencias, por las artes, por la práctica de todas las virtudes, por la observancia de todos los derechos. ¿Y no lo ha llenado ya? ¿Quién puede negar á la Francia el justo renombre de caballerosa é ilustrada?

Ahora, pensar que la Francia busque dominaciones ó protectorados en este continente, es desconocer al génio frances. Creer que sus intereses materiales se extiendan mas allá de la libertad del comercio, de la industria y del trabajo, es suponerle gratuitamente aspiraciones, que nada hay absolutamente que pueda autorizar.

Los verdaderos enemigos de México son Luis Napoleon y Juan N. Almonte. La versatilidad de éste y la ambicion de aquel son las que han comprometido las armas francesas en una empresa desleal y vergonzosa.

Los motivos que han impulsado á esos dos hombres no son ya un misterio. La prensa europea ha revelado alguno, y yo tengo el derecho de referirlos todos.

Los célebres bonos de Yecker, ese ejemplo inaudito del ágio mas inatoral, son el primer motivo. Altos personajes de la corte de Luis Napoleon adquirieron una buena parte de esos bonos. ¿A qué precio? Valió mas el plato de lentejas con que Jacob compró la primogenitura de Esaú. El precio fué la esperanza de que la nacion francesa tomara

bajo su proteccion ese crédito escandaloso. Los honrados negociantes habian improvisado una bonita fortuna. ¿Cómo no interesar al emperador en su cobro? ¿Y cómo el emperador negaría un servicio tan pequeño á tan altos personajes, entre los que no faltaba alguna persona de su familia?

Almonte, mexicano, y segun el emperador muy influente en México, tuvo buen cuidado de informarle: que la conquista de la República era tan fácil, que para consumarla bastarian cinco mil franceses, los que serian recibidos con arcos triunfales por un pueblo, que aclamaría por emperador al que S. M. I. se dignara designar.

Con tan luenes informes (que tambien dieron y encarecieron otros dos ó tres mexicanos) reducirse á una sola reclamacion, era muy poco. Dominar á México y darle por emperador á un individuo de la casa de Austria, era cosa de que podia sacarse algun provecho. Así se estendia en una parte no pequeña de América la influencia napoleónica. Así se preparaba al Austria para que (regalo por regalo) ella cediese, siquiera á Venecia. Así se completaba el renriendo, aun pendiente, en Italia; pudiendo contentar, tal vez hasta al mismo Papa, mediante una de esas evoluciones de que ya tenemos ejemplo.

Pero, ¿que pretesto alegar ante la Francia, ante el mundo? Nada mas facil: los bonos de Yecker, la convencion francesa; y mas que todo los imparciales informes de Gabriac y de Saligny, que tambien son del número de los honrados especuladores.

Con tan leales intenciones se fué á empeñar la fé de la Francia en la convencion de Londres. Pero, ¿como desperdiciar esta coyuntura? Si la Inglaterra y la España se dejaban engañar, tanto mejor. Si retrocedian ante la criminal conducta de los comisarios de Luis Napoleon, éste tiene sobrado poder para consumir la obra por sí solo; y ademas Almonte traerá á su derredor á todo el pueblo mexicano.

Asi es como, bajo la salvaguardia del honor frances, se mintió en la convencion de Londres, se mintió ante la cámara legislativa de Francia, se mintió en los preliminares de la Soledad. Y cuando se creyó haber reunido los ele-

medios necesarios para realizar el complot, los comisarios franceses aventaron la careta, dando un ejemplo escandaloso, de perfidia y deslealtad, que la Francia no puede aceptar y que México sería injusto en atribuirle.

Luis Napoleón dispone es cierto, de los recursos y del ejército de Francia, pero no es creíble que esa Nación ilustrada reparte un día la nota infamante con que se la quiere manchar; no es creíble que permanezca de fría espectador, cuando para realizar proyectos insensatos, se prodiga su sangre, su tesoro y su propio honor.

México debe conservar la actitud noble y digna en que ha sabido colocarse; debe a toda costa redoblar su actividad. Le costaría muy poco hacer un pronto esfuerzo para obligar al General Lorencez a una capitulación. Sus fuerzas saldrán de la República; Luis Napoleón se dilatará más en mandar los treinta ó cuarenta mil hombres que ahora cree necesarios; cuando estos estén listos, ya nuestros puertos se hallarán en estado de defensa; el invasor necesitará entonces, sobre el ejército de tierra, una escuadra que, si puede, le abra las puertas. Entre tanto, Dios hará resplandecer la justicia. Yo tengo el presentimiento de que el primer anuncio que nos vendrá de la cesación de la guerra, será la grata noticia de la libertad del pueblo francés.

Por lo demás, la experiencia de toda nuestra vida nacional está probando, que en los grandes conflictos es donde México ha conquistado los grandes principios; allí es donde han brotado para ella las fuentes del bien.

La dominación española precipita al pueblo á buscar una situación mejor. La guerra de independencia cria y educa el sentimiento nacional. El efímero imperio abre una puerta amplísima al principio republicano. El régimen monstruoso de las siete leyes consolida la fé en el sistema federativo. Las bases de Tacubaya dan actividad á la democracia adormecida. La tiranía que sigue al plan de Jalisco despierta al espíritu de reforma. El golpe de Estado y la farza de Zuloaga y Miramón dan ocasión para que la reforma avance, casi hasta el último término, en el orden político y social. Por qué, pues, no esperar que la invasión napoleónica marque la época de la reforma gubernativa, de

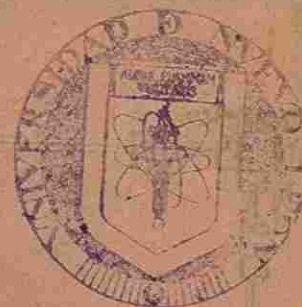
la reforma judicial, de la reforma hacendaria? El gobierno debe emprenderla con fé, en medio del conflicto, al frente de las fuerzas invasoras, al estallido del cañon.

De ese modo, y aprovechando las muy favorables circunstancias que no he hecho más que insinuar, se cubrirán de gloria los hombres que hoy rijen nuestros destinos. Y si en los altos arcanos de la Providencia está que México sucumba, sucumbirá con honor. Pero, si, como me dice mi corazón mexicano, hemos de salir airesos de la contienda, el mundo verá que el partido liberal mexicano, aún en los momentos supremos del peligro, trabajó por el bien de su patria y por el honor de su bandera, que es la de la justicia, la de la libertad, la de la dignidad humana. Y nuestros Héroes, que descansan en el seno de Dios, nos encontrarán dignos de la independencia, que á costa de su sangre, supieron alcanzar.

He concluido, Señores. Pero permitidme, que, como al empezar, haga una apelacion á vuestra indulgencia. Sabéis muy bien que, hace más de un año, me separé de toda intervencion en los negocios públicos, corté todas mis antiguas relaciones, eché un velo hasta sobre mis más íntimas amistades; y poniendo entre el mundo y yo uno de vuestros desiertos, llevo en el fondo de este tíña vida ignorada y casi selvática. En vuestros desiertos no se puede estar al corriente de los sucesos; ni se puede poseer esa delicadeza de expresion, esa elegancia de estilo, esa riqueza de lenguaje, que tanto realce dan á un orador. A esto se debe agregar la torpeza inevitable que, para manejar la pluma, experimenta una mano encallecida.—No era de esperar que yo fuese designado para este honorífico encargo; y aún despues de la eleccion debí escusarme. Pero ¿cómo negar un servicio tan corto al Estado generoso que me dá todo lo que le he pedido: el nombre de hijo y la quietud de un retiró!

Escuchadme una palabra más. En la vida apacible que hoy tengo, un solo remordimiento viene á turbar la paz de mi alma, y procede de que no estoy empuñando un rifle al frente de los invasores de mi PATRIA. No voy á pronunciar una disculpa. Juzgadme con severidad, mas bien que con indulgencia. Pero vosotros no renunciéis á esa gloria.

que es la primera, la mas pura, la mas santa. Conjura la tempestad que truena sobre nuestras cabezas; aparta el azote que está pronto á caer. Salvando nuestra nacionalidad honraris dignamente la memoria de nuestros heroes, y podreis, llenos de noble orgullo, ostentar ante el mundo ese placer inefable, esa alegría tierna y efusiva que, al contemplar las glorias de su Patria, experimentan los hijos de una Nacion feliz.



BIBLIOTECA

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

F 12
G 8
185

9938
926 M